



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1 .. Un año.....\$ 10 ..
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 11 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7 .. Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 6.

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Viva el Carnaval! por Juan Pérez.—Nuevo disfraz, por Juan Diente.—Frituras, por Juan de Juanes.—Cuentos de manigua: Las dos barajas: (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á Juan Palomo: de Puerto Rico, por Juanito.—Viaje de recreo, por Juan Contillas.—Biceto á la pluma de don Cristóbal Martín de Herrera, por Juan Culebrón.—A disfrazarse (poesía), por Juan de las Villas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Terzillas.—Adivinanzas.
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



rancamente, señores, no me atrevo á decir hoy una palabra por miedo de que lo tomen ustedes todo á broma de Carnaval.

Lo requiere el día!... La risa sube á los labios sin permiso del portero; la alegría retoza por todas partes; la farsa y el embuste se dan un atracón de soberanía que se ponen á punto de reventar.

Ellos mandan. A la farsa y al embuste le sucede lo que á los primeros actores de los teatros: todo el año están en escena, pero al fin de la temporada dan su beneficio y el público en masa es tributario suyo esa noche.

Son los dueños del cotarro.

En estos días de bulla y de jaleo se dá el beneficio, libre de gastos, de la farsa y el embuste, que todo el año dominan en la escena de la vida.

Ovacion completa se les tributa; porque, eso sí, el género humano es rumboso y agradecido con el que le ayuda y le favorece.

No digo bien?

Pero, dejémonos de filosofía. No he salido yo hoy á la calle para meterme en honduras ni profundizar ciertas cuestiones de que conviene olvidarse.

Yo tengo hoy, como todos los domingos, que hablar con mis amables lectores, y ese es mi apuro: cómo los convenzo de que no me chanco, de que prescindo del Carnaval, de que no estoy disfrazado, de que no tengo careta cuando les diga algunas cosas?

Por ejemplo, cómo han de creer que hablo en serio cuando les cuente, con referencia al telégrafo, que en España se ha abierto una suscripción para ayudar á los franceses á pagar su indemnización de guerra?

Lo vé usted? Ya se están riendo; ya me tienen

por bromista; ya se les figura verme vestido de Pierrot; ya se creen que estamos en pleno Carnaval.

Protesto, señores, no ví de broma la cosa, y si es broma, es muy pesada: como que es cuestion de pesos!

He hecho una pequeña páusa, porque el día requiere tomar las cosas con calma y el chocolate es peso.

El grave mal que tenemos en España es que sobre el tesoro público pesa una deu la de dos mil lemonios, con sus rabos y todo, y cuyos intereses—los de la deuda, por supuesto, no los de los rabos—consumen la mayor parte de los ingresos.

Eso lo sabemos todos de memoria y á nadie se le ha ocurrido nada de particular sobre el asunto; pero los que nada reparan en esas pequeñeces de dentro de casa, no pueden prescindir de prestar ayuda á los vecinos que se encuentran en un caso muy parecido al nuestro.

¡Viva el rumbo!

¿Y á nosotros quién nos ayuda?

Se lo he de preguntar al príncipe Alejo de Rusia en cuanto llegue—porque ya es positivo que viene, como todo un señorito, sin agraviar á nadie.

Estoy seguro de que los rusos se van á encargar de pagarnos la deuda.

¿Y ustedes lo creen así?

Caballeros; vamos poco á poco y no nos metamos en las bromitas de Carnaval; el terreno es escorridizo y se resbala uno que es un primor.

Para rumbo los españoles, y para rusos la Rusia.

Si esa suscripción se lleva á cabo, quiero ser de los primeros que se suscriban; deseo figurar entre los donantes por la cantidad de un real sencillito.

La sencillez es la cualidad más indispensable para tomar parte en este acto de desprendimiento.

Si señor, está muy en el orden que en los caudales del emperador Guillermo tenga yo un real, y de este modo, si voy algún día á su casa—que no iré—le hallo—que no le hablaré—me cabe el derecho de decirle:—“Todas las hazañas que usted hizo en Francia me han costado á mí un real.”

Con que vea usted quién será yo!”

Otra cosa tengo que decir, que también vá á parecer una bromita, y juro por las gredajas de doña Emilia y por las carpantas de Aguilera, que no estoy para bromas.

Hablo en serio.

Un telegrama de Washington dice que han llegado á aquella capital Céspedes, Agramonte y otros, con objeto de obtener del gobierno americano el reconocimiento de beligerancia.

¿Usted lo vé? ya se echó todo el mundo á reír. Después del fracaso de la proposición de Mr. Cox y del voto definitivo del Congreso, el viaje de esos individuos parece una mascarada.

Indudablemente, Céspedes, Agramonte y los

otros van haciendo la rosea, como los pavos, al rededor del parlamento yankee; pero, ¿son hombres disfrazados de pavos ó pavos disfrazados de hombres?

Meditemos, porque la resolución no es tan fácil como parece.

Continuemos meditando con calma, pues hasta que llegue ese reconocimiento, tiempo de sobra hemos de tener para meditar; ¡y tanto!

Como se acerca la Cuaresma, Céspedes, Aguilera y los otros necesitan exhibirse mucho en estos últimos días que pueden presentarse en público.

En cuanto llegue el miércoles de ceniza, tienen que retirarse de la escena.

¿Por qué? me preguntan.

No ven ustedes que en Cuaresma apenas se usa la carne de puerco?

(Hablando conmigo sólo).

Ya vé usted, y ayúleme á sentir!

En China ha ocurrido una inundación de dos mil demonios; digo mal, de dos mil cántaros de agua.

Treinta millones de habitantes han quedado en la mayor miseria, y el hambre se ha presentado á cara descubierta y sin disfraz de ninguna clase.

El hambre es el único sujeto que no reconoce el imperio del Carnaval; no se disfraza nunca; todo lo más que hace es ponerse un vestido de *ganas de comer*, y le parece que vá tan ricamente.

Cuando el propietario del hambre es persona fina, entonces se viste de caballero y toma el título de *debilidad en el estómago*.

Pero en China se ha manifestado tal como es, sin ambajes ni rodeos.

Mucho ojo, señores! no salga alguno disfrazado de niño... cubierto, ó de costilla empanada, y pase por el lado de algún chino, porque entonces... ya, ya!

Pero el gobierno de aquel país es más previsor que todos los que nosotros conocemos, y ha remediado el conflicto colocando en el templo principal un enorme culebron, que según parece, es un gran remedio contra el agua.

¡Cielos! también en la China hay Paachos Aguileras, ó es el mismo que nosotros conocemos, que se ha trasladado allí?

Porque un *culebron* amagónista del agua no puede ser otro que el agente de la insurrección cubana ó algún pariente suyo muy cercano.

—¿De qué vas disfrazado, perillan?

—De hombre de negocios que no tiene nada que hacer.

—Pero tu disfraz se reduce á llevar las mejillas pintadas de colorado.

—Justamente! como soy laborante, me pongo la cara de modo que parezca que tengo vergüenza, y ¿quién será capaz de conocerme...?

JUAN PALOMO.

¡VIVA EL CARNAVAL!

El Carnaval se nos ha entrado por las puertas como Pedro por su casa.

Por eso digo yo, al saludarlo tras un año de ausencia:

—¡Viva el Carnaval!

La locura ha tomado las riendas del gobierno por unos cuantos días, nombrando su ministro responsable al bullanguero dios Momo, que anuncia al pueblo la salida al trono de la nueva dinastía con un repiqueteo tal de cascabeles, que lo oyen hasta los sordos.

Ahora sí que vamos á estar en grande; gobernados por todo un dios convertido en primer ministro, las cosas saldrán á medida del deseo, ó más propiamente dicho, divinamente.

¿Creen ustedes que aquí vendría de molde otro viva al Carnaval? Ea, pues que viva, Cristo con todos.

Sin embargo, cuando veo el empeño que ponen algunos en disfrazar sus sentimientos, y en ceñir á sus rostros una careta perfectamente antagónica con sus ocultas intenciones; cuando noto que esto sucede todo el año; lo mismo en Semana Santa que por Pascua florida, caigo en la cuenta de que para nada nos sirve este Carnaval de tres días y la postdata que nos concede el calendario, cuando ya lo poseemos perpetuo y conforme con nuestros gustos.

Durante tres años, día por día, anuvo Mr. Sickles disfrazado de hombre de bien por las calles de Madrid, sin que ni el más pintado le averiguara la pinta; y eso que entre las señas particulares inscritas en su boleta de vecindad se halla la denuncia por la palabra "cojo." Pero ¡ay! el dismulo y la ficción extienden el manto de la engañifa hasta sobre las mutilaciones físicas, gracias á las piernas de goma, los ojos de vidrio y los dientes de elefante.

Entre el repertorio de caretas que Mr. Sickles tenía allí de uso diario, la más primorosa y mejor concluida era la que se ponía para conferenciar con Muros, Rivero, Moret y Becerra sobre las cosas de Cuba, que son cosas sumamente resguardadas y difíciles de traer entre manos; aquello sí que podía tomarse por la más perfecta obra del arte laboral. Con decir que le permitía á su dueño poner los ojos en blanco cuando sentía la necesidad de recurrir á las protecciones para salir de algún mal paso, y meter á dos carrillos en esos *gaudiums* oficiales donde se le llena el bandullo á tanto desocupa lo como se pira por un trozo de presupuesto nacional con salsa situacionera, está probada la perfección *curetu* del rostro del semblante de la fisonomía del susodicho *mision*.

¿Qué dirán, *del rey abajo* en España, al saber que Mr. Sickles exclamó al pisar el soporal del Congreso americano: —"Fuera careta?"

Unos se contentarán con decir:

—De nuestro extranjero socio
fue mentira la lealtad;
"que una cosa es la amistad
y otra cosa es el negocio."

Y no faltarán quien exclame compungido, dándose golpes de pecho en señal de arrepentimiento tardío:

Olvidaste en un minuto
el amor que puse en tí.
¡Me alegro! que me estés á mí
bien empleado, por bruto.

Entre tanto, yo me complazco en cantar desde las columnas de JUAN PALOMO la siguiente copla, suplicando á mis queridos lectores me hagan coro:

Toma, por haber querido;
toma, por haber amado;
toma, por haber tenido
consejero *amambizado*.

Y como estamos en Carnaval, todo esto y mucho más que se diga al compás de una *tirana* está perfectamente en *carácter*.

Echemos otro viva al Carnaval. ¿No les parece á ustedes?

Lo merece, á la verdad, porque lo mismo en París que en la Habana, en Madrid que en Roma... ¡Alto en Roma! patria de Rómulo, de Remo, de todo lo romano y todo lo romo.

En Roma la farsa carnavalesca dura más que en ningún otro país de los dados á cascabeleos; eso vá en géminos. Hasta el más caracterizado soldado del Papa siente que la alegría le llega á las entretelas, sin poderlo remediar.

Hoy, que está allí la corte de Víctor Manuel, tendrán las fiestas cierto color profano subido de punto. Las eminencias gubernativas, militares y forenses; la aristocracia de la sangre y del talento; la soberanía popular y la de derecho divino; el ejército, la policía, los abastecedores de la real ca-

sa, los que cobran las contribuciones, y *tutti quanti* sostienen la excelencia de los macarrones como principio político, se entregan gozosos al jaleo prescrito de real orden por el rey de broma, que usurpa sus derechos por algunas horas á la Majestad legítima. Todos allí se confunden, se barajan, se dan á perros, después de haberse dado al diablo con los pasados *dares y tomares* habidos entre lo temporal y lo espiritual, lo percedero y lo eterno, lo posible y lo que no puede fallar.

En esto obran cuerdate; la farsa, para que sea completa, lo mismo debe introducirse en los regios alcázares que en el más humilde sotabanco.

Ya me figuro ver á cierto caballero de circunstancias, desarrollado de espaldas en fuerza de echárselo todo sobre ellas, de gran mostacho y con más intención que un toro cuatreño, vestirse cuacamente de *Pierrot* y cantar el siguiente *camelo* en quintillas á la ventana de su padre en Jesucristo:

—A tu bendición me acojo.
Y si astuto cortesano
de mí te habla con enojo,
respóndele, fiel cristiano,
que "no es nada lo del ojo."

Olvidemos los rencores,
y echándola de señores,
aquí juntos vivimos,
"que bien cobijarse vemos
á un árbol dos ruseñores."

El símil con que termina la trova es de lo más poético y un tanto malicioso. El ruseñor es un buen pájaro que canta en la uña y cuesta un ojo de la cara al que, por seguir estas aficiones, no tiene empacho en quedarse tuerto.

Con que lo dicho dicho, y ¡viva el Carnaval!

Echémosle una ojeada en París, pero corta, que las cuartillas se están acabando.

Este año se suprime la procesion del buey gordo, porque tres docenas de estos mutilados cuadrúpedos, que estaban en ceba para representar dignamente en ella la parte del protagonista, fueron devorados por la guardia móvil, de órden de Trochú, temeroso de que el aspecto de esas seis docenas de buenos parisienses produjesen una alferecía al emperador Guillermo á su entrada en París. En cambio, el elemento militar tomará una parte activa en los anuales festejos tributados á Momo; se duplicarán las guardias, habrá patrullas y retenes, estará la guarnición sobre las armas y se tomarán todas las medidas que acostumbran tomar los gobiernos que, como el de Mr. Thiers, se apoyan en el amor de sus súditos y vigilan por el órden y la felicidad común. Este *común* nada tiene que ver con la *Cómuna*; del uno al otro hay todo un sexo de diferencia.

Las personas de viso no se desdennan de confundirse con las masas proletarias; el gorro y el petróleo tienen la culpa de estas mistificaciones. Hasta el mismísimo conde de Chambord sería capaz de desceñirse la bandera blanca de sus antepasados, de la cual se ha hecho un prematuro sudario, y de pedir un puesto en el can-can de honor que se baila en Mabille. Sólo que el pueblo podría contestarle:

"No sé quién te trajé aquí,
pero mi paciencia pagas
mintiéndome, balalaí.
Los milagros que tú hagas
que me los claven aquí."

Esto, señalándose honestamente al estómago.

Con que, para terminar; ¿no podríamos repetir: viva el Carnaval?

JUAN PEREZ.

NUEVO DISFRAZ.

Ea, JUAN PALOMO, suelta el mango de la sarten, despercúdete las orejas y prepárate á morirte de un torozon si no tienes en los hígados toda la cachaza que es necesaria para oír ciertas cosas sin reventar. Con que, si hay paciencia y flema, oye y escucha.

En primer lugar, bueno es que sepas—puesto que si yo no te lo dijera, ni tú ni nadie lo habría sospechado en la Habana,—que en el mundo existe un periódico semanal titulado *The Cosmopolita*, que es decir: *El Cosmopolita*, el cual se publica en Londres y pertenece á un tal M. Fuller, empresario ó *fullero* yankee, que lo sostiene exclusivamente con miras de especulación. El *Cosmopolita* parece haber tomado á empeño apadrinar las causas desahucadas. En sus columnas la mayor parte de los escritos están consagrados á las doctrinas abolicionistas en la acepción más lata que puedan dárseles los rojos de Montmartre y Belleville, pues el *Cosmopolita* aloga por la abolición de la servidumbre, la abolición de la Iglesia, cualquiera que sea la religión ó secta que la consagre, la abolición de todos

los tronos, y principalmente la abolición de la vacuna, que por cierto nunca aparece allí designada con este nombre, sino con el de *envenenamiento de la sangre* que le dan los escritores *cosmopolitas*.

Con tales antecedentes, era lógica. inevitable la abolición del sentido común de Mr. Fuller. Llegado á este último peldaño del *climax* abolicionista, el señor *fullero* se declaró partidario de Céspedes y Compañía, insertando en su papelucho las noticias que le iba soplando al oído un famoso laborante.

Después de chuparle al coronel Macías lo poco que llevaba en los bolsillos, parecía natural que *El Cosmopolita* se diese por satisfecho; pero

el que malas mañás há
tarde ó nunca las perderá;

y *El Cosmopolita*, además de la causa de Yara, se ha propuesto apadrinar la del Príncipe Alfonso, y hace entre las dos una amalgama tan monstruosa, que me río yo de todos los monstruos habidos y por haber.

Y hé aquí que el Mr. *Fullero*, acérrimo abolicionista, enemigo de la vacuna, ó sea del "envenenamiento de la sangre," y demoleador "del altar y el trono," se ha declarado al mismo tiempo entusiasta *alfonsista*, defensor de un príncipe que representa el derecho divino y otras frioleras.

¿Y cómo entender esta mezcolanza? Ahí tienes, JUAN PALOMO, un enigma de pastelería que desafiaba toda tu agudeza. Nada, no acertaras aunque seas el Edipo de los cocineros, y, por lo tanto, voy á alumbrarte.

Has de saber, PALOMO de mis entrañas, que los laborantes se han declarado *alfonsinos* ó han tomado ese disfraz para engañar mejor, y para que te convenzas y puedas tú mismo ponderar toda la gravedad del asunto y abismarte en lo más profundo de este misterio, toma en tus manos el número 322 del *Cosmopolita*, y lee conmigo el sabroso artículo que con el título apetitoso de *España y Cuba*, figura en primer término; y así de esta manera, leyendo á *duo*, podemos irnos relamiendo con doble deleite y reconcomio.

Veamos cómo empieza el Mr. *Fullero*:

"En Madrid, dice, se ha decidido el envío de otros 30,000 hombres para combatir en la isla de Cuba. No puede menos de regocijarnos esta locura del gobierno español, seguro presagio de su ruina."

"Mucho nos place que esos 30,000 salgan á cumplir su misión fútil si no fatal, pues servirá para disminuir la fuerza del ejército de la Península y facilitar el camino á la revolución que allí se prepara."

Ya vá apareciendo aquello; sigamos. pues, aunque saltaremos un trozo en que con énfasis se repiten disparatados rumores de intervención.

"Como no ignoran nuestros lectores, nunca ni por un momento hemos perdido nuestra fé en la restauración del heredero legítimo, representado por el Príncipe de Asturias."

"La nación está anhelando la vuelta de su hijo, de su infante, el hermoso jóven príncipe Alfonso, y la hora pronto ha de sonar. Esa será también la hora de la libertad cubana." (*¡Tableau!*)

Aquí cobramos aliento, PALOMO, y después de tomarlo, veamos el programa que *El Cosmopolita* traza á la nueva situación:

"El programa de Alfonso será el de la libertad protegida por la ley, dentro y fuera de España.—La emancipación será el lema de la nueva revolución, y Cuba será declarada tan independiente de la Metrópoli como el Canadá lo está de Inglaterra."

Bastante hemos hablado. Al programista se le vé pronto la punta de la oreja. Pero aún se *explota* más *El Cosmopolita*:

"Tiempo fué, dice, en que muchos ingleses, por causa menos noble, salieron á pelear en los campos ensangrentados de España. En pró de la restauración del legítimo heredero del trono de España y de la abolición, cientos de miles de valientes de todos los pueblos volarán enardecidos á pelear en esta última gran batalla por la justicia y la libertad. Viva Alfonso, y adelante!"

¿Qué te dije, caro PALOMO? ¿No lo entiendes? Pues yo tampoco.

No lo entiendo, aunque me digas que los laborantes son de muchas tragaderas, que han creído en las *simpatías* del Czar de Rusia y en las conferencias de Napoleón con el general Quesada; pero los conozco y yo te lo afirmo, no tragarán nunca al ex-príncipe de Asturias, ni aguardarán nunca á que suene aquella hora de su advenimiento al trono—por más que lo animen á lanzarse al campo, para fines que ya sabemos.

Esa, esa es la idea; comprometer á todo el mun-

do, enzarzar á los partidos, avivar los odios, hacer entrar en recelos al gobierno español para que no envíe refuerzos á Cuba, excitar las pasiones de los que están en la desgracia, y... á río revuelto... las costuras le hacen llagas.

Te veo, besugo!

JUAN DIENTE.

FRITURAS.

El profesor Ayton era un hombre sumamente tímido y estaba enamorado y correspondido de la hija del profesor Wilson, pero nunca encontraba valor suficiente para pedírsela al papá. Por fin, la jóven se decidió á hacerlo por él y entró en el estudio de su padre, mientras Ayton esperaba el resultado en la biblioteca.

A los pocos minutos, volvió la jóven con un pedazo de papel sujeto á su espalda con un alfiler, donde se leía lo siguiente:

"El profesor Wilson dedica á su amigo el profesor Ayton este ejemplar de sus obras."

Un médico encabezó de la manera siguiente una cuenta para una viuda:

"Por curar al esposo de la señora H.... hasta que murió...."

En Inglaterra se han verificado últimamente carreras de hombres á pié. El premio de la carrera era una copa de oro, y al recibirla el vencedor, pronunció estas palabras:

"He ganado la copa con mis piernas: quiera Dios que nunca pierda mis piernas con la copa."

—Me parece que esa levita te está demasiado larga, decía uno á otro.

—No es extraño; no estaba yo presente cuando tomaron la medida.

Existía un célebre cirujano en Francia que era un amputador furibundo.

Por un arañazo insignificante cercenaba un brazo ó una pierna.

Cierto día cayó en sus manos un pobre diablo.

El cirujano empuña el bisturí con delectación amorosa, y corta aquí, corta allí, concluyó por descuartizar al paciente.

Terminada la operación, preguntó al doctor su ayudante:

—Señor, ¿qué tajada es la que hay que meter en la cama?

Quando cruzo por su reja,
medio oculta en la cortina
mi vecina se sonríe,
me mira y después me guiña;
pero en amor soy tan torpe
que no entiendo á mi vecina.

Dice un amigo mio, que para comer en debida forma una perdiz, se necesitan dos: el que la come... y la perdiz.

—Sr. D. Juan: días pasados puse en el balcón de mi casa un cajón lleno de tierra y en él varias semillas de flores, y las regaba todos los días con mucha agua. ¿A que no sabe usted lo que salió?

—Hombre, saldrían flores.

—¿Qué! no señor! salió de la celaduría inmediata un salvaguardia que me impuso una multa.

Al terminarse la otra noche la representación de la zarzuela *De Madrid á Biarritz*, preguntó un individuo á su compañero:

—Dime, chico, esta zarzuela está en prosa ó en verso?

—Hombre, francamente, estoy tan afluxionado que no he podido distinguir si es prosa ó verso.

JUAN DE JUANES.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XLII.

Al llegar á la plaza de la Merced, donde vivía el Comandante general, se acercó este á mí para estrecharme de nuevo las manos, no ocultando las diversas emociones de placer

de que estaba poseído, y noté que me miraba con una fijeza extraña; al momento comprendí su intención, y sonriéndome le dije:

—Estoy seguro de que encuentra usted un cambio en algo de su propiedad.

—Con efecto, me contestó; ese caballo....

—No es el de usted, mi brigadier.

—Ya lo veo. ¿Y el mio?

—No quiso rendir el viaje.

—¡Pobre animal! moriría extenuado por el hambre y el cansancio.

—No por cierto; á pesar de que vivía en la ciudad en perpetua cuarentena, por el ayuno á que lo sujetaba la escasez del forraje, llegó como un valiente hasta el batey de la finca, donde una bala del perverso Palanquetilla le hizo morder el polvo para no volver á levantarse.

—¡De Palanquetilla! exclamó el gobernador con rabia. Y ¿no me ha traído usted á ese tunante?

—¿Para qué? ¿Para tener el trabajo de enterrarle?

—¿Ha muerto?

—Por supuesto.

—¡Dios le haya perdonado!

—Viéndome á pié, escogí este soberbio potro, que forma parte del botín.

—He ganado en el cambio, amigo mio; gracias.

—Consérvelo usted como un recuerdo de nuestra gloriosa función de armas.

—La patria premiará á usted este servicio, más meritório, porque salió usted á campaña estando de baja.

—Y por cierto, le dije, que el frío de la noche me hizo grande impresión; pero el calor de la pólvora me entonó.

—Retírese usted, que bien necesita del descanso.

—Antes, si usted me lo permite, voy á acompañar á esas señoras á su casa y á darles aliento, porque vienen atribuladas.

El Comandante general se dirigió á Adelina y á su madre para asegurarles que serían tratadas con las consideraciones que exigía su sexo, y en seguida entró en el antiguo convento de la Merced, convertido entonces en fortaleza.

La puerta no desplegaba sus labios y obedecía las órdenes que se le daban, mirando á medias á todas las personas que nos salían al paso atraídas por la curiosidad. ¡Cuánto veneno se elaboraría en sus entrañas! Dejo al lector discreto que aprecie la situación de doña Casiana.

Llegué con las prisioneras de guerra á la plaza de la Soledad, y les hice franquear la entrada de su casa, cediéndoles mi asistente para que las sirviera, porque sus criados se habían ido al campo con los amos. Al penetrar en aquellas habitaciones desiertas, me vino á la memoria la relación del alférez Pacheco y las contrariedades que había sufrido por el amor de Adelina, y entonces recordé que el amante lisiado me aguardaría impaciente, renegando de no poder salir con todo el pueblo á enterarse personalmente del resultado de nuestra afortunada expedición.

Me despedí de la puerta y de Adelina, estrechando á esta fuertemente la mano, en señal de protección y de amistad, y corrí á mi casa, donde me recibió el alférez, llamándome á gritos para demostrar la impaciencia que lo devoraba.

—¡Acá! ¡acá! ¡Cáspita! decía; ¿cómo se hace usted esperar, amigo mio!

—¡Aquí estoy! le contesté apeándome del caballo, no tan de prisa como quisiera Félix, á causa del molimiento de huesos producido por la penosa jornada que había estropeado mi cuerpo, resentido todavía de la convalecencia de mi herida.

—¡Acá! ¡acá! repitió el alférez, haciendo inútiles esfuerzos para andar, apoyándose en las muletas, que no estaba acostumbrado á manejar.

—Venga un sillón, dije al asistente de Pacheco, y que me preparen algo con que saciar la necesidad de mi estómago, que vuelve sin lastre, aunque lleno de gloria.

—Las campanas, agregó Pacheco estrechándome la mano, me avisaron elocuentemente el éxito de la jornada; pero ardía en deseos de ver llegar á mis dignos compañeros. Empiece usted por contarme detalladamente la fiesta....

—¿Es decir, le interrumpí, que quiere usted que le cuente lo que ha pasado con Adelina?

—¿Quién lo duda? exclamó Félix sonriéndose. ¿La ha visto usted por ventura?

—¿Que si la he visto? ¡Vaya!

—¿Es muy linda? ¿No es verdad?

—Encantadora! Tan encantadora, que me pareció una flor demasiado delicada para exponerla á los rigores del campo, y la he traído conmigo á la ciudad.

—¿Ha traído usted á Adelina? preguntó Pacheco, abriendo desmesuradamente los ojos y poniéndose pálido como un cadáver.

—Ya lo creo; cuando me propongo una cosa, no paro hasta conseguirla. Sí, amigo mio; tiene usted á Adelina en la ciudad, más hermosa que nunca, más tierna que Eloisa, y libre como el viento.

—¿Libre?

—Claro está, puesto que Palanquetilla á estas horas descansa debajo de la tierra, expiando sus maldades.

—¿Ha muerto Palanquetilla?

—Ha muerto contra su voluntad; pregúntele usted á los bravos soldados que le dieron el pasaporte para el otro mundo, evitando que una bala de mi revólver le abriese un boquete igual al que abrió en el pecho de mi caballo, porque el pícaro era valiente como un león; murió en su puesto.

—¿Estaba casado con ella? preguntó el jóven con mal disimulado temor.

—Adelina es hoy la viuda de Varona; pero nada tiene usted que echarle en cara, porque la obligó á sucumbir la presión que con ella ejercieron cuantos la rodearon. Ya le ajustará usted las cuentas, y resultará siempre añadiéndome, que es usted deudor de ella, á pesar de su matrimonio.

—No quiero verla, dijo el alférez despechado.

—¿No quiere usted verla? No olvide usted esas palabras, de que se arrepentirá mañana; ¡oh! conozco á los amantes, y sobre todo, conozco á usted perfectamente.

—¡Es una traición! murmuró el alférez mordiéndose los labios y haciendo un esfuerzo para enjugar sus ojos, que se habían humedecido con la emoción de un noble sentimiento.

—El corazón tiene también sus remordimientos como la conciencia; y si es verdad este principio moral, Adelina no es culpable, mientras que usted....

—¿Qué? preguntó el jóven, mirándole fijamente.

—Mientras que usted no podía olvidar á aquellas mujeres que le impresionaron, añadió completando la frase, y más que ninguna á la prójima de Nuevitas, que representa una página robada á la historia de Adelina, porque la falta del amante se cometió en el tiempo en que pertenecía usted á la hija de Casamayor.

—No me hable usted de esos extravíos.

—Corriente, callaré; pero tampoco debo hablar de Adelina.

—Convenido; nada quiero saber de ella desde que tengo la certeza de que ha correspondido á otro hombre.

—¿Qué manera de apreciar los sentimientos! Los hombres amigo mio, ejercemos un verdadero monopolio en el corazón de las mujeres, y somos injustos con ellas.

—¿Quiere usted que le perdone su alevé conducta?

—Ella resistió.

—Pero no debió casarse más que conmigo.

—Le hicieron creer que su amante era muerto.

—Aun en ese caso, debió respetar mi memoria.

—¡Canastos! ¡Eso es muy fuerte! ¡La ley del embudo! ¿Quería usted que ella permaneciera fiel á su amante, después de muerto, y usted le puso una rival en una simple ausencia?

—He suplicado á usted que no me hable de esas mujeres,

—También me ha prohibido usted que siga ocupándome de Adelina, y ese nombre se escapa de su boca, porque está en su corazón.

—¡Eso no es verdad!

—Doblemos la noja, querido Pacheco, y hablemos de la acción que en el ingenio ganamos anoche; supongo que querrá usted saber los pormenores del encuentro y de la victoria.

—Sí.

Referí al alférez detenidamente nuestra salida de Puerto Príncipe y la llegada al ingenio hasta la muerte de Palanquetilla, cuyo suceso despertó su interés; y al llegar aquí, callé.

—¿Y después.....? me preguntó, no pudiendo esconder el deseo que tenía de que llegara yo á la parte principal de la expedición.

—Después..... después..... me consagré á amparar á las señoras que estaban en la finca, ocultas en la despensa y muertas de miedo.

—¿Y fué usted en su busca?

—Ya lo dije; pero eso nada interesa á usted; y como el hambre me acosa, suspendo mi relación, añadiéndome.

—¿Qué efecto causó en la mujer de Palanquetilla la noticia de la muerte de su marido? preguntó Félix tratando de detenerme.

—¿Y eso qué le importa á usted, amigo mio?

—La curiosidad.....

—La curiosidad es propia de mujeres.

—¡No sea usted cruel! exclamó el jóven dando dos golpes con los puños en los brazos del sillón.

—¡Hola! si no estoy equivocado, la viuda de Palanquetilla es Adelina Casamayor, y hace un momento que me exigió usted que no la nombrara. Sea usted consecuente siquiera una vez.

—Pero la historia queda incompleta con el importuno silencio de usted, y creo....

—Creo á mi vez que es usted un hombre incomprensible para todo el mundo, menos para mí.

—¿Por qué?

—Porque no desea usted sino que le hable de Adelina, y por eso me hizo la prohibición. Vamos, tranquilícese usted y viva contento. Adelina ama á Félix Pacheco más que antes de su marcha al campo.

—¿De veras?

—Vamos á la mesa, que traigo un hambre atrasada.

Y me dirigí al comedor, dejando al alférez entregado á su preocupación y á las ilusiones de su amor.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.



INGLATERRA.—Pero qué diablo de baile es este?
YANKEE.—Baile usted, señora: es una danza nueva titulada LA CUESTION DEL ALABAMA.

ESPAÑA.—Ea! fuera de aquí! ya me han mareado con tanta cabriola y tanto salto como me hacen dar. No puedo bailar con ninguno.

BISMARCK.—¿La señora me hará el honor de bailar conmigo otra dancita?
FRANCIA.—Pero, caballero, si con la última he quedado tan estropeada que no puedo moverme!... Déjeme usted que me reponga un poco.
BISMARCK.—Oh! eso más tarde.... más tarde!

Ayuntamiento de Madrid

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

PUERTO RICO, 29 DE ENERO.

Hay completa calma política, limitada, como está, al consiguiente tiroteo entre los periódicos reformistas y conservadores; fuera de esto, se está en un periodo de gran tranquilidad material y moral, debido en gran parte á la marcha prudente del general Gomez Pulido, cada día más acreedor á la consideracion y respeto de todos los buenos españoles. Por todas partes no se vé más que bailes, trullas, aguinaldos y toda clase de diversiones, que constituyen una parte muy esencial de nuestro pueblo, tan aficionado á divertirse. La verdad es que en Puerto Rico se observa un movimiento desusado.

El Centro hispano-ultranarino vá creciendo cada día más por el número é importancia de los asociados; por supuesto que *El Progreso* y demás cofrades de la misma calaña le han declarado una guerra á muerte, para la cual tratan de desacreditarle por cuantos medios están á su alcance; pero, por mucho que les duela, no tendrán más remedio, y cada día más, que tascar el freno y resignarse á ver el partido español dominante, porque las ideas que sostiene son las únicas que pueden salvarnos. Los desdichados utopistas, por más juegos de habilidad y equilibrio que quieren hacer cada día, se desacreditan más, hasta en el campo, donde con más libertad y desembarazo habian hecho la propaganda. Los pobres gíbaros, á quienes se habia hecho comprender que con las reformas iban á vivir en una tierra de Jauja, sin pagar contribuciones ni prestar ningun otro servicio, conquistando derechos á carretas, pero sin enseñarles ningun deber, van abriendo los ojos y convenciéndose de qué manera se ha jugado con su credulidad.

Desde que han visto estos Jeremías que están verdes los cuentos de las elecciones municipales con que contaban para apoderarse oficialmente del país, han gemido en todos los tonos, pero al parecer se han resignado á ver sus ilusiones desaparecer como el humo, sin haberles dejado más que "luto en el corazon, llanto en los ojos."

He visto en *El Debate*, periódico de Madrid, un suelto en que se excita al Gobierno para que suprima aquí los derechos de exportacion que pagan los frutos. El diablo sin duda ha debido llevar semejante suelto al periódico, porque no puede darse idea más diabólica ni peor que esa supresion que se pretende, que es cabalmente el deseo de nuestros enemigos: si se suprime ese derecho, que en nada perjudica al productor, volverá la época no lejana en que la Autoridad se encuentre literalmente sin los medios de atender á las más precisas obligaciones. Las aduanas no producen gran cosa, y la contribucion territorial, imposible é insostenible aquí, lo mismo que lo ha sido ahí, no produce ni doscientos mil duros líquidos, de suerte que ya puedes ir comprendiendo lo que sucedería. No sé cuándo se acabará de ver claro y se conocerán las cosas para hablar de ellas sin peligro de decir alguna inconveniencia. Y esto que yo te digo, es lo que la generalidad del país quiere, con tal que desaparezca la contribucion territorial. Lo que en España y en Europa está tenido como axiomático, aquí, en estos países especiales, es un desatino. Si mis noticias son ciertas, el general Gomez Pulido, inspirándose, no en utopias, sino en el verdadero estado del país, ha pedido al gobierno, fundándolo, que continúe el impuesto indirecto, que no grava á la produccion y se paga sin ningun inconveniente. Qué más quisieran los laborantes que ver desaparecer este impuesto.

La presentacion de Manuel Agramonte con su partida me ha hecho comprender lo mal parada que andará la insurreccion, que Dios confunda y nuestros soldados acaben.

Vuestro cofrade,

JUANITO.

VIAJE DE RECREO.

—Caballero! caballero!

—Eh?

—Ha venido usted á esta Isla para conocer su situacion y comprender el fundamento en que se apoyan los que la pintan punto ménos que transformada en caos de barbarie y disolucion?

—Oh, sí.

—¿Y se atrevería usted á venir en alegre cabalgata algunas leguas al interior de la Habana?

—Caramba! pero ¿y la ferocidad española?

—Será capítulo aparte en nuestro viaje.

—Si usted me garantiza....

—Garantizado hasta la pared de enfrente.

—Pues vamos allá, mis.

—Vamos, gentleman.

—En marcha.

Con mínima variacion, si acaso, este diálogo fué, lector querido, el que sostuvo este humilde servidor tuyo, un día claro y sereno de la pasada semana con uno de los respetables y respetados señores de la caravana yankee, que como no ignorarás, ha venido á Cuba para darles razon á los que hablan de la ferocidad española como moneda corriente, si encuentran esa

ferocidad, ó desmentir con la fuerza de sus convicciones á los laborantes, que no atreviéndose á combatirnos con las armas, porque ni aún valor tienen, lo hacen con su viperina lengua, que el diablo aguza á su antojo.

Y consecuencia de ese diálogo fué que los americanos y sus familias, entre las que se cuentan algunas *missis* capaces de trastornar el corazon forrado en cobre del mismísimo *Juan Tenorio*, se dirigieran á Matanzas con este tu servidor y amigo, y presenciaran....

¡Válgame Dios lo que presenciaron!—la mar de la alegría, la animacion, el movimiento y el órden; la mar tambien serena del patriotismo, la religion y el trabajo, y la mar, por último, donde han naufragado las esperanzas laborantiles.

Esas fiestas no han sido fiestas. ni exposicion, ni feria, ni manifestacion ruidosa del patriotismo; no han sido el producto de lo preparado, pensado y convenido para convertir el palmar de Junco en un cachito de cielo; no han sido tampoco, en definitiva, obra del cálculo, sino explosion genuina del sentimiento nacional, que ha hecho milagros allí, y que los hará siempre, porque es condicion inherente de nuestro carácter.

Y cuidado que estas cosas no las dice mi acalorada cabeza, sino mi razon fria y serena, y que, á mayor abundamiento, hablo por los americanos de la caravana consabida.

Ellos han visitado la tienda de los industriosos catalanes y aplaudido la oportunidad con que servían profusamente su tradicional escudella á cuantos acudian á tomarla; ellos han visto á los nobles astures bailar alegres sus giraldivas á la par que ofrecer su rica sidra; ellos han contemplado la devocion de los esforzados y decididos vascongados por la Virgen de Be-goña y los hábitos fraternales y hospitalarios que les distinguen; ellos han penetrado en la alegre tienda de los andaluces y perdido el seso, como lo perdí yo, al admirar la gracia de aquellas mozas macarenas, al ver sus bailes y oír sus cantos, salpicados con la rica manzanilla; ellos han visto los preciosos bailes de esos honrados gallegos, prez y orgullo de España; ellos han admirado, como yo, el patriótico desprendimiento del *solitario de Aragon*, que siendo sólo en las fiestas, alzó su tienda tambien para que la tierra del valor y la hidalguía no brillase allí por su ausencia; ellos han entrado en la elegantísima tienda de los montañes, donde no cedió ni un punto la animacion durante las fiestas, y ellos, por último, han visto cómo prospera la industria y florece la agricultura entre nosotros, áun en medio de situaciones tan anormales como la por que atraviesa el país, y de qué modo ha sido brillante bajo todos conceptos el ensayo de feria-exposicion que ha intentado Matanzas.

Yo no dejo hablar á mis impresiones al tratar de este asunto, porque ellas por fuerza han de ser favorables: deseo y aplaudo que esos señores americanos hayan venido á esta Isla en ocasion tan solemne y favorable como la en que lo han hecho, porque repetirán á los suyos lo que aquí han dicho y yo he oído de sus lábios: que el órden reina, reina y gobierna, como los reyes absolutos, en la isla de Cuba.

¡Valiente chasco se llevarán los que sigan diciendo que somos ingobernables, que aquí no hay órden, ni tranquilidad y otras muchas cosas! Como no sea en la manigua, donde siempre hubo *sinvergüenseria*, yo no sé dónde van á encontrar todos esos lunares que nos regalan para alentar su causa, que no la curan ni los bragueros del Dr. Sherman.

La gratitud, el contento y la noble rectitud de esos americanos se reflejó en una frase que pronunció uno de ellos, respetable por su aspecto, al abandonar la vecina ciudad de los dos rios; frase que tanto dice en sus lábios, á saber:

¡VIVA ESPAÑA!

A ese viva, el buen *Juan* que esto escribe, contestó con estos versos á los apreciables viajeros: (1)

Desde la tierra cercana
que baña el Mississippi,
en fraternal caravana
llegásteis hasta la Habana,
y alegres os miro aquí.

Cuba, eden de los amores,
preciada tierra española,
estima vuestros loores
y os presenta los primores
y la lealtad que acrisola.

Aquí se aprecia al que es bueno,
aquí se abraza al honrado,
y se contempla sereno
al que viene á nuestro seno
por noble amistad guiado.

Sed á Cuba bien venidos;
ved aquí la hispana gloria
y su nombre enaltecidos;
y á los Estados Unidos
llevad tan dulce memoria!

Y al grito del corazon,
que á ningun leal engaña,
que disteis á mi nacion,
hoy por mí responde España,
y grita: ¡viva la Union!

¿Eh? ¿qué tal? me parece que me he explicado.

(1) El autor de este artículo desea que conste que lo que en estilo festivo refiere, ha ocurrido en todas sus partes, que ha sido grande y justa la sorpresa de los viajeros yankees al visitar á Matanzas, y que fué espontáneo su ¡VIVA ESPAÑA! al que dió contestacion con los versos que transcribe.

—Caballero! caballero!

—Eh!

—Os pesa el viaje á Matanzas.

—Oh, nó, *gentl. man*: yo estar mucha contenta en Matanzas y ver allí España toda alegre, satisfecha y trabajadora.

Ese epilogo, esa declaracion imparcial y franca, es el mejor complemento de las grandes fiestas nacionales y de la feria-exposicion que ha ofrecido Matanzas en su recinto.

He dicho, y hasta más ver.

JUAN CENTELLAS.

A DISFRAZARSE.

Prenda del alma querida,
dulce iman de mis amores,
vístete, niña, con lujo
para venir esta noche
á bailar con mi persona
dancitas y rigodones,
polkas íntimas y valeses
y el fandango á troche y moche,
que en Carnaval es preciso
bailar hasta echar los bofes.
¿Quieres, di-frazarte, niña?
pues si lo deseas, ponte
saya verde, lazos verdes,
un pámpano en el cogote
y cogollos de lechuga
pendientes de los pezones
de esas orejas divinas,
por donde pasan veloces
en busca del tierno pecho
dulces palabras de amores.
¿De qué es el disfraz, preguntas?
acaso no lo conoces?
de esperanza lisongera;
de laborante bodoque,
ó de alimento de burro
(mi atrívimiento perdonen),
que iguales son ambos trajes
y es sólo cuestion de nombre.
¿Este disfraz no te gusta?
pues te daré explicaciones
para que te pongas otro
con la moda muy conforme.
Busca un vestido más largo
que la gazuza de un pobre,
un cuerpo—mas no de guardia—
frio como el polo norte,
elástico cual la goma,
oscuro como la noche,
con unas mangas anchísimas
como la falda de un monte,
ribetes de.... "no me importa,"
flecos.... "mamará el que lllore,"
puntillas.... las que á los toros
les dá un cachetero torpe;
mucho adorno, mucha gasa,
y muchísimos retoques.
Si de este modo te vistes,
irás disfrazada de hombre
político, como se usan
á esta fecha en todo el orbe.
Y si no te gusta, elige
un trozo de deuda enorme,
que hoy gastan para diario
casi todas las naciones.
Vístete si nó de rana,
ó de suspiro de monje,
ó de tortilla de huevos
con patata y camarones,
y si quieres ir bonita,
de pierna de Pietriboni.
Vístete, niña del alma,
de manera que des golpe,
y ven á bailar conmigo
dancitas y rigodone,
polkas íntimas y valeses,
el fandango á troche y moche,
que en Carnaval es preciso
bailar hasta echar los bofes.

JUAN DE LAS VIÑAS.

CARTAS TEATRALES.

TRIGESIMA.

Sr. D. JUAN ELO.—MADRID.—Me comprometiste, Juan, me comprometiste! Tomando al pie de la letra el último párrafo de mi carta anterior, lo has transmitido por telégrafo seguramente á la empresa de Tacon, y no sé quién ha dirigido á JUAN PALOMO la carta que podrás ver en el número de hoy.

JUAN PALOMO está satisfechísimo de haber merecido tan señalada prueba de deferencia al autor del escrito, pero yo estoy más colorado que un tomate al ver descubierto el

secreto de mis cartas y de mi afición á murmurar de las cosas teatrales.

Me has comprometido, Juan. me has comprometido!

Pongo aquí punto y coma á mi mal humor, y pasemos á otra cosa.

He oído contar que en los tiempos de la guerra civil llegó de paso á un pueblo de Cataluña un jefe militar de elevada categoría, con su ayudante.

Fueron, como es natural, á cumplimentarle las principales personas de la población, y el Ayuntamiento en masa.

Esto sucedía por la tarde, y uno de los personajes de más viso de la ciudad invitó con insistencia al viajero á que pasase por la noche á su casa á entretener el tiempo en amena tertulia.

Asistió el militar, y no fué poca su sorpresa al ver que lo que se preparaba en su obsequio era una *timba* (como decimos nosotros los académicos); pero una *timba* de primera fuerza.

El viajero no era aficionado á *tirarle de la oreja á Jorge*, y al pronto se resistió, pero no tuvo más remedio que ceder y poner sobre el tapete sus pesos duros.

Hasta el último pericó y aún quedó empeñado, según cuenta la fama, y mohino y cariacontecido se retiró á su alojamiento, acompañado de su ayudante, que no había corrido mejor fortuna que su jefe.

Ni una sola palabra se cruzó durante el tránsito entre el jefe y el subalterno, hasta que al llegar á la puerta de la casa, volviéndose aquel, exclamó:

—¿Sabe usted lo que siento?

—¿Qué siente usted, mi general?

—Que no hayan salido por una esquina cuatro ó cinco mocetones que nos hubiesen pegado una paliza gorda, llevándose senos los relojes.

—¿V por qué ese deseo?

—Hombre, porque lo tenemos merecido, por brutos. ¿Quién nos mandó á ir á esa tertulia?

Pues lo mismo te digo, Juan del alma, con respecto á las innumerables personas que acudieron en tropel la otra noche por ver las *suertes* (!) del prestidigitador De-Castro.

Merecíamos todos, que después de haber pisado una noche infernal en el teatro, nos hubiesen dado una paliza por brutos.

¿Quién nos mandaba fiarnos de un charlatan que se llama á sí mismo *asombro del mundo* y que ofrece salir á la escena con la cabeza en la mano?

La verdad es que todos caímos de *primo*, como se dice vulgarmente, y el teatro se llenó hasta los topes: los padres de familia llevaron á toda su prole, y creo que hasta hubo un respetable varón que deseaba, y aún estuvo esperando, que su mujer pudiese aquella misma tarde, para tener el placer de llevar al nuevo vástago á la función.

El teatro era un hervidero de inmensas proporciones: allí sudábamos la gota gorda.

Figúrate cuál sería el asombro al ver que De-Castro de todo tiene menos de prestidigitador. ¿Qué suertes tan desgraciadas las suyas!

Y después, *para más claridad*—como dicen en el *Telémaco*—nos hablaba en inglés.

La paciencia del público se fué al traste y se armó una gritería de dos mil demonios, viéndose caer en la escena habichuelas y otras legumbres, que yo creo que nacieron en las galerías altas por la fuerza del calor.

El escándalo pasó los límites de lo conveniente, y no quisiera que se repitiesen tales escenas en el templo de las artes.

De-Castro se titula el *primer ilusionista*; pero mi opinión es que debía llamarse el *primer realista*, porque indudablemente sabe realizar un negocio.

Y como la noche en que esto sucedía se conoce que estaba tempestuosa para los espectáculos públicos, también en Albisu hubo su gritería, silbidos y gente que fué á la cárcel, por sí la Leonardi, que estaba indispueta, había de seguir ó no había de seguir cantando.

No me gustan, Juan, no me gustan estas cosas, y la autoridad debe evitar esos tumultos poco agradables en sitios destinados al recreo de todas las clases de la sociedad.

Con más tranquilidad, aunque con poca fortuna, dió su beneficio el bajo Maffei.

En la misma noche se celebraba en Albisu el de la Castro, y entre una mujer bonita y un bajo profundo, el público se decidió por la bonita, abandonando al profundo.

A primera vista, parece lo más natural, pero no merecía la función el desaire que sufrió. *Crispino é la Comare* es una opereta de música agradable, aunque no puede de original, y su ejecución fué esmerada.

Lo que yo le encuentro de malo á esa ópera es lo trivial y absurdo del libreto, que no ofrece interés alguno, ni presenta una situación que produzca el menor efecto.

Su languidez perjudica notablemente á la composición musical.

La Daltí cantó, como ella sabe hacerlo, admirablemente; Maffei, para quien otras veces he tenido censuras, merece hoy mis plácemes; Sorapani, Mari y Testa completaron la belleza del cuadro. El público aplaudió.

Sin embargo, *Crispino é la Comare* no dará buenas entradas, porque el público no se muestra aficionado á las óperas bufas.

Se ha repetido la *Lucia*. ¡Qué *Lucía*, amigo Juan! Después de oírle á Tamberlick el rondó final, hay que morir, porque no es posible oír nada mejor.

Le aplaudo, y después me hago el muerto.

JUAN PARTICULAR.

A JUAN PALOMO.

(REMITIDO.)

Habana, febrero nueve
De ochocientos y setenta
Y dos. Mi querido JUAN
PALOMO: Te mando a questa
Epístola, para darte
Contestacion muy atenta
A tu número del cuatro,
En el que llamas á cuentas
A la Empresa que en Tacón
Nos divierte con sus fiestas.
Saber pretendes, sin duda,
Quién te dirige estas letras:
¿Qué te importa? Soy un ave
Que canto en todas las tierras,
Y hoy en las palmas de Cuba
Lamento mis hondas penas.
Yo soy una ola perdida
En el mar de la existencia,
Que hasta estas playas, gimiendo,
En ellas á morir llegué.
Mas dejemos lo romántico,
Y hablemos, pues, de esa Empresa
Que encuentra tantos tropiezos
Como en el cielo hay estrellas,
¡Ay PALOMO, Palomito!
Si supieras, si supieras
Cuán difícil es dar gusto
A todos los que pretenden
Escuchar todas las noches
Operas distintas, nuevas.
Qué de embrollos! Los artistas
Ya enronquecen, ya se enferman,
O bien, tal vez, por gastrónomos
Se rellenan y revientan.
El uno se desafina,
El otro grita, y se esfuerza
Tanto el otro, que á las veces
Nos aturde las orejas.
Por esto pasan los días
Y semanas, y el *Profeta*
Parece que los pescados
Lo cantan en sus cavernas,
Pues hace un mes que está en marcha
Y aun no ha llegado á estas fechas.
¿Qué quieres? A tus instancias
Hoy ya tienes la respuesta;
Y me reservo contarle
Cosas lindas y muy nuevas.
Adios, querido PALOMO;
Oye lo que te desea
Quien á todas tus preguntas
Satisfará en sus respuestas.
Que nunca, amigo PALOMO,
En bastidores te veas,
Aunque el público la bolsa
Te rellene de pesetas.
Que vale más en el mundo
A la gente honrada y quieta,
En vez de bambolla y gloria,
Y de lujos y riquezas,
Vivir modesta y tranquila,
Y roncar á pierna sueta.

CEISPIN.

SARTENAZOS.

Se ha presentado una proposición al Congreso para crear una asociación de socorros mutuos contra calamidades públicas.

¡Ay! ay! empiezo por pedir un piquillo á cuenta.—Ayer estuve hablando hora y media con un laborante; con que si quiere usted más calamidad.....

El señor conde de Orgaz y el señor Nocedal, carlistas ambos, han comenzado el año obsequiándose mutuamente con escritos agrios.

El conde de Orgaz, presidente de la junta carlista, y algunos de sus compañeros, han hecho dimisión.

Esto es como el sainete de las aceitunas; ántes de sembrar el olivo ya apaleaban á la chiquilla que las había de vender por causa del precio.

—¿Que voy!—¿Que ya no voy!—¿Que me preparo!
—¿Que ha de ser por San Juan la degollina!
—Que cada liberal en una esquina
hemos de ahorcar sin el menor reparo.
—¿Que ya cargué; que apunto; que disparo!
que el lunes se armará la tremolina!
—Tropa viene; me escondo en la cocina.
—Se fueron ya; me temen, está claro!
—Que un escuadrón de clérigos robustos
por la frontera asoma y acomete....
¿Tropa?—Atrás; no ganamos para sustos....
(y cada cual en su rincón se mete).
Con ejército tal ¡cuántos disgustos
debe pasar el pobre Carlos siete!

Leo en el folletín de un periódico:

“El cielo no daba señal alguna de tormenta, á pesar de ser el 3 de Setiembre. El conde se envolvió en su finísima capa...”

Apaga y vámonos ántes que me desmaye.

Habituados como se hallan nuestros suscritores á ver en todos los números de JUAN PALOMO las chispeantes cartas que periódicamente nos remite desde Nueva York nuestro querido amigo *John Bull*, no extrañen su falta en el presente, pues habiendo llegado á última hora á nuestras manos, no podemos insertarla hasta el número inmediato.

Con ella tendrán gran contentamiento nuestros lectores y ocasión de ejercitar su *intellectus*, pues el trabajo de *John Bull* es una ingeniosa y bien escrita *Charada dramática-recitada*, debida á su bien cortada pluma y representada en los salones de una de las amables familias de la colonia española de Nueva York.

En la cárcel de cierto pueblo había dos tunos presos por robo, á quienes el juez del distrito fué á tomar declaración en un mismo día. Los dos nenes estaban colocados en calabozos contiguos, en cuya pared medianera existía una puerta carcomida, que por varias grietas permitía ver y oír lo que pasaba del uno al otro departamento. Llegado que hubo el juez al primer ladrón, acusado de haber robado una yegua, preguntó:

—¿Dónde has comprado la caballería que se te ha cogido?

—En ninguna parte.

—¿Pues de dónde procede? ¿Quién te la ha dado?

—Nadie. La he criado yo desde que era potranca.

Y no hubo quien le sacara de aquí.

Pasó el juez al segundo preso, que había escuchado palabra por palabra la declaración de su cofrade.

—Se te acusa,—le dije,—del robo de una escopeta, cuya arma se halló en tu domicilio: ¿qué tienes que alegar en contrario?

—Que es una calumnia, señor juez.

—Bien; pruébanos á quién se la compraste.

—¿A quién se la había de comprar? A nadie.

—¿Cómo es eso?

—¡Toma! Siendo; como que la he criado yo desde que era pistola.

Los orleanistas quieren dar al duque de Aumale una Tenencia general.

Vaya, pues que se la den; siempre se empieza por ahí. Con tal que al duque le den algo, lo demás ya sabrá escogerlo cualquier día, aunque sea 2 de Diciembre.

En honor de la verdad debemos decir que don Ramon Fernandez (que también acertó el *geroglífico anterior*) nos remitió oportunamente la solución del último.

También nos ha enviado un nuevo *geroglífico*, que se grabará y verá la luz pública.

Conste.

A ANGELA.

EN LA AUSENCIA.

La gasa de los cielos salpicada
por mil estrellas de plateada luz,
el sol iluminando el firmamento
en su extension azul:

Las flores y las aves de los bosques,
glorias de la amorosa juventud,
¿qué valen para mí, si en amorada,
no me las muestras tú?....

La lobreguez de noche tempestuosa,
que todos sienten con horror venir,
la soledad en medio de esa noche
en un bosque sin fin:

El incendio terrible, la cruel muerte,
del huracán el sordido rugir,
¿qué pudieran hacerme, vida mía,
estando junto á tí?....

¡Oh, cuánto es mi deseo por mirarte
á mi lado, embriagada de pasión,
para que luzca ante mis ojos bella
la vasta creación!....

¡Con qué placer desataré los lazos
que me ligan á ausencia tan atroz,
donde, por no mirarte, pobre y triste
todo lo encuentro yo!....

Guáimaro, diciembre, 1871.

ENRIQUE HORTSMANN.

En Francia ya no hay primas en dinero por razón de cenganche.

Prohibir las primas equivale á acabar con los *primos*. Bien pensado.

Además, se suprimen las sustituciones; este golpe basta para inmortalizar á Mr. Thiers. Suprimir las sustituciones en visperas de ser sustituido, es un verdadero *rasgo*.... de ingenio.

¡Lo que se afanan algunos hombres por la salvación de la patria!

Diálogo de actualidad y como lo requiere el día.

—Juanito, ya sabes las reglas que deben observarse en un baile: no quiero que se burlen de ti ni que malgastes tu dinero. Te dejo, pero a condición de que cumplas fielmente mis preceptos.

—Bueno, papá.

—Vamos a ver si recuerdas todo cuanto te he encargado.

¿Qué harás en cuanto entres en el baile?

—Primero, dirigirme al guardarropa, dejar el sobre-todo y retener en la memoria el número que me entreguen, por si se me pierde.

—Muy bien.

—Segundo, entrar en el salón, buscar un amigo a todo trance, y dejarme caer para que me convide a cenar.

—Perfectamente. Eso es muy interesante.

—Tercero, una vez asegurada la cena, lanzarme al torbellino del baile; con ese objeto elegí una pareja, más bien bonita que fea, y la estrecharé la cintura con respeto y buena crianza para que no abuse.

—¡Eso es! ¿Y luego?

—Luego, ó bien me pedirá que la lleve al café, en cuyo caso debo negarme, ó bien me pedirá agua, y entonces creeré que es un lazo que me tiende, y la mandaré a paseo.

—¡Muy bien, hijo mío! ¡Tu inocencia no será víctima!

—Por último, cenaré a costa del prójimo, procura é ponerme alegro, y resistiré todo lo posible si alguna máscara se empeña en seducirme.

—¡Eso! ¡Todo cuanto te sea posible! No sucumbas hasta el último extremo.

Dicen que en el mes de Agosto se inaugurará una exposición en Oporto.

Yo no sé si será buena la exposición, pero lo que es oportuna tiene que serlo por fuerza.

Se casó un algacil,
como manda la ley, por lo civil;
y a los seis meses justos,
le nacieron dos chicos muy robustos.
Y si esto fué por lo civil, ¿qué tal
si hubiera sido por lo criminal...?

Leo en un periódico de Madrid:

“Se ha mandado entregar 50 carabinas a la diputación provincial de Huesca.”

¡Qué bonito! Dará gusto ver a cada diputado, asistir a las sesiones con su carabina al hombro! ¡Y al presidente, con el arma al brazo dirigir la discusión!

Y habrá aquello de: ¡Pido municiones! digo..... no: ¡pido la palabra!

—Yo quiero ir este carnaval al baile de máscaras.

—¿Para qué?

—Para dar bromas a Julia sin que me conozca.

—Eso es difícil.

—Ayúdame a buscar un medio....

—Ya lo encontré. La convidas a cenar. Como no lo has hecho nunca, de seguro te desconoce.

Dice un periódico que el Sr. Olózaga ha manifestado deseos de dejar la embajada de París.

Y hasta dicea que hay quien lo ha creído.

Tú sabes que el imán de mi albedío
es tu precioso amor, que me enloquece.
Tú sabes que mi fé te pertenece,
sabes que es tuyo el pensamiento mío.

Tú sabes que a tu dicha fiel sonrío,
sabes que con tu afán mi alma padece,
y sabes que a tu halago desaparece
el que me aflige, torcedor impío.

Tú sabes que vagando por el mundo
con mi destino cruel luché y batí lo
y al cielo elevé fervidas querellas.

Tú sabes mi tenaz, duelo profundo;
mas no sabes, mi bien, que tengo un callo
que me hace ver de día las estrellas.

Se sabe ya oficialmente que Mr. Sickles no volverá a Madrid.

Hace muy bien. ¡Volver a Madrid! ¿Y para qué? Nada, no señor, que no vaya.

Ahora, si las cosas se enreden y la cosa se pone en punto de caramelo, donde Mr. Sickles debe hacer un viajecito es a la Habana.

Será un viaje corto, pero instructivo, y sobre todo..... ejemplar!

¿Sabéis, lectoras, lo que es una quincallería?

Sospecho que respondeis afirmativamente, y por tanto, excuso entrar en explicaciones, y os digo simplemente que *La Favorita* se llama un establecimiento de esa clase, situado en el número 110 de la calle de O'Reilly, propiedad de los señores Escuder y Serrano.

Gran surtido de efectos y extraordinaria baratura en los precios, son las circunstancias que hacen recomendable a *La Favorita*.

Con esto creo que me explico. —¿Eh?

Al sólo anuncio de que un hombre iba a cortarse la cabeza, se llenó el teatro de Tacon hasta los bordes.

Otras veces se anuncia una ópera de un autor eminente, desatendida... al pelo, y se pueden contar los espectadores.

¡Horror!

Eso es, horroricémonos; pero veamos el modo de remediar esta anomalía.

Si yo fuera el director del teatro, anunciaría de esta manera las funciones:

“Se pondrá en escena *Lucía*.—En un intermedio el señor Pietriboni se cortará una pantorrilla.—El señor Maffei cantará una aria, mordiendo al mismo tiempo el dedo pulgar de la mano derecha.”

Lleno completo, ténganlo ustedes por seguro.

Tacon, como es de cajón,
sus puertas abrirá al baile:
¡huy, pues, entuñismo!—¡Híile.
—Pues, señores, a Tacon;

que en Tacon, dicho sea en prosa llana, se dan este Carnaval tres bailes de disfraces, sin contar el de piñata, bajo iguales condiciones y con idénticas prescripciones que los de otros años, con las mismas dos orquestas y con varias rifas en el de Piñata.

Con que, sin vacilación
acuda el hombre formal
este alegre Carnaval
al teatro de Tacon.

Dice don Carlos de Borbón, en un parte dirigido al señor Nocedal, que él admite a todos los españoles, aún a los más extraviados.

Entonces también admite a uno que me debe a mi ocho duros, y tan extraviado anda, que en ocho años que hace no le he podido echar la vista encima.

—Diga usted, amigo mío, ¿le qué vá usted disfrazado?

—De caballo de oros. ¿Me está bien el traje?

—Perfectísimamente: y aún podría suprimirse el metal.

JUAN PALOMO, que es parco en celebraciones, pero que no la escatima a los que saben hacerse dignos de ellas, felicita hoy al señor don Hipólito Riquelme, secretario del Gobierno político de Puerto Rico, por el ascenso y la encomienda de número de Isabel la Católica con que le ha recompensado el gobierno superior por sus buenos servicios en el departamento central.

AMOR ETERNO.

¡Av, María del alma! cada noche,
cuando tiendo la hamaca en la manigua,
oigo una voz que dice melancólica:
¡tod... se olvida!

Me duermo luego, y sueño que te amo,
sueño que nos casamos, que eres mía,
y así paso, mi bien, todas las noches
¡soñando tonterías!

ARTURO PANIAGUA.

—¿Con que, en Barcelona?

—Sí señor, en Barcelona.

—Caramba, hombre!

—E, decir, que los catalanes....

—Justo, sí señor, los catalanes.

—Pues mire usted, aunque parece mentira, me escamo.

—Por lo visto hubo la gorda.

—Pero ¿qué gorda!

—Léame usted el telegrama de la *Prensa Asociada*.

—Voy: “El orden reina....

—En Varsovia; ya lo sé. ¡Ah! respiro.

Hemos recibido el primer número de *El Cristóbal Colon*, periódico para Cuba y Puerto Rico dirigido por el omnisciente y excelentísimo señor don José Gutiérrez de la Vega, gobernador *dimisionario* de la Habana.

Debe ser un excelente periódico, pues figuran en su redacción como una docena de excelentísimos señores.

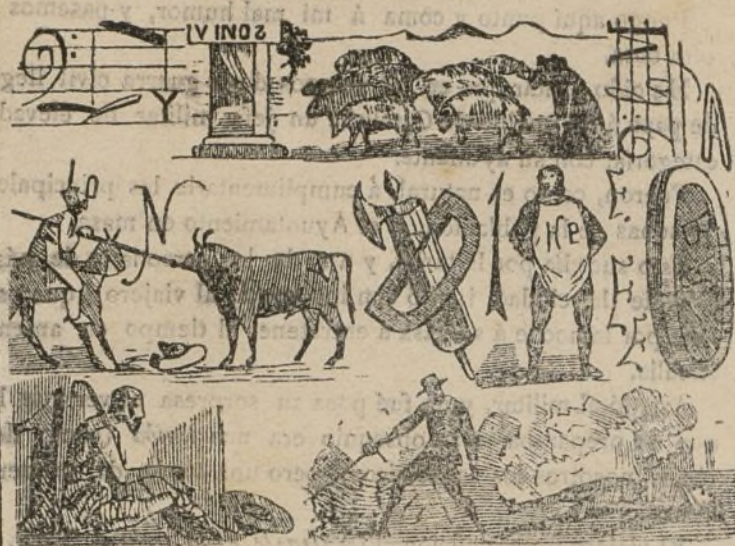
Temiendo que la empuromen, doña Rita,
el Carnaval lo pasa en su casita.
Ninguno que obra mal, lector, se escusa,
que su propia conciencia es quien le acusa.

El gobierno colombiano está quebrado.

Saberlo el bragnerista Sherman y ponerse en camino para Bogotá, fué todo uno.

La quiebra se explica de este modo: tantos esfuerzos hizo para sostener el ferrocarril de Panamá, que al fin se relajó. Ahora, si hablando por boca de ellos mismos, decimos que el gobierno republicano de Colombia es un gobierno relajado, se armará por aquellos trigos zafaranchos mayúsculo. Pues señor, no lo dudemos.

GEROGLIFICO.



ALMANAQUE DE JUAN PALOMO.

Se está terminando la impresión de este libro, retrasada por la infinidad de trabajos literarios con que se nos ha honrado y que han de agradar mucho a nuestros lectores. Esperamos que estos señores no verán con disgusto tan insignificante demora, que no compensa ni con mucho el mayor gasto que nos impone el aumento de páginas del ALMANAQUE. En el próximo número creemos poder anunciar el día fijo del presente mes en que se repartirá.

COBRANZA EN LA HABANA.

Los recibos que se pasarán a domicilio en la presente semana serán dobles, es decir, por mes y por año, ambos a partir de Enero del 72. El que opte por el primero no olvide que solo tendrá derecho al ALMANAQUE, y el que prefiera el segundo, pagando anticipado (\$10) el año de suscripción, no solo economiza dos pesos, sino que tendrá derecho a todas las primas ofrecidas en el núm. 1.º de este año y que repetimos a continuación:

REGALOS PARA 1872.

JUAN PALOMO regala a sus ANTIGUOS ABONADOS que lo hayan sido hasta el 31 de Diciembre del año pasado, lo siguiente:

1.º El ALMANAQUE DE JUAN PALOMO cómico, político y literario para 1872, con infinidad de caricaturas y redactado por los más notables escritores de Cuba y la Península.

2.º A los que renueven su abono por tres meses, un libro nuevo y de mérito, ó una lámina, vista, plano, colección de escudos de la Isla o la Península, retratos ó alegorías, en fin, una prima ad-hoc, de actualidad, que se anunciará oportunamente. Este regalo se repartirá a la terminación de cada trimestre.

3.º A los suscritores antiguos que renueven y paguen al contado el importe de todo el año 1872, además de la prima trimestral y el ALMANAQUE, les regalaremos una, a elegir, de las seis obras siguientes, todas de materia ó asunto de interés y de autores célebres:

—CINCO SEMANAS EN GLOBO, viajes y descubrimientos en Africa, por tres ingleses, redactados según las notas del doctor Fergusson y traducidos al español.

—LA MEJOR VICTORIA, leyenda de unas montañas, por F. Karanach, traducida del inglés por Calderón de la Barca, ministro que fué de Estado.

—CONSEJOS A LAS MADRES sobre el modo de criar a los niños, escritos en francés por el célebre doctor Mr. Donné, traducidos de la 5.ª edición.

—LA PIEDRA FILOSOFAL, historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer, por F. Ohlman (Julio Nombela).

—UN HABITANTE DEL PLANETA MARTE, cartas sobre cuestiones filosóficas y científicas muy controvertidas en la actualidad, por Enrique de Parvill.

—LA SOMBRA DEL GATO y LA NOVIA DE LA FANTASMA, dos novelistas interesantes del célebre Manuel Fernández y González.

Las ediciones de todas estas obras son modernas; contiene cada una de 250 a 300 páginas, en 4.º menor, en buen papel y esmerada impresión.

Los que se suscriben nuevamente, desde 1.º de Enero de 1872, tendrán derecho:

1.º A la prima trimestral antes referida, si se abonan por tres meses.

2.º A esta y el ALMANAQUE, si por seis meses.

3.º A los dos regalos anteriores y el primer tomo de la FLORESTA HISPANO-AMERICANA (primorosa colección de dibujos) correspondiente a 1869, si adelantan el importe de todo el año 1872.

Ahora juzguen ustedes, meduen y se convencerán de que con las primas que reciben los suscritores, viene a salir casi de valde un periódico como JUAN PALOMO

PRECIO DE SUSCRUICION.

Pago anticipado por...	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
En la Habana	\$1	2 75	5 25	10
En el interior	„	3 75	7	12 7
En España y sus Antillas	„	4	7 50	14
En los Estados Unidos &	„	4 25	8	15

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria.”